

NICANOR REY DÍAZ

Como poeta ha producido un volumen de versos intitulado *Hierro y Fuego*; pero como ni su imaginación severa, ni su verva inflexible tienen grandes cualidades poéticas, ese libro obtuvo un éxito muy dudoso. Sus novelas cortas y sus artículos críticos, en cambio, tienen muchos admiradores en Madrid. — El cuento que publicamos á continuación no es uno de los mejores del autor, pero tal vez sea el que revela más claramente sus aficiones y sus tendencias.

LOS CABELLOS BLANCOS

— ¡ Enamorado !...

— Sí, — constestó Ernesto dando un suspiro. — Al asomarme á uno de los balcones del hotel situado en la calle principal de la Coruña, llamé sobre manera mi atención la mujer más admirable que deseos de adolescente imaginaron jamás en horas de poéticas inspiraciones.

Alta, sin traspasar los límites trazados á la perfecta hermosura, gruesa no más que lo preciso para dar elegante morbidez á los contornos, y blanca como la nieve de la cumbre, prestaba indefinible atractivo á su rostro angélico, vago tinte de profunda melancolía.

Eran sus ojos negros como el abismo y sus miradas deslumbradoras como el fulgor de los relámpagos. ¿ Su edad ?... No me sería fácil determinarla con exactitud. De diecisiete á veinticinco años. Acaso más, tal vez menos. De cualquier modo, la edad de las mujeres hermosas que son eternamente jóvenes.

Contribuía sobre todo á dar extraño carácter á tan celestial criatura su abundante y alba cabellera reco-

gida con una gracia y una elegante sencillez mil veces superiores á las que inmortalizaron los tocados de las griegas contemporáneas de Fidias y Praxiteles.

Cuando los oblicuos rayos del sol poniente iluminaron de lleno la figura de aquella mujer incomparable, sus cabellos brillaron con resplandores de plata bruñida y en torno de su busto se dibujó un nimbo luminoso, análogo á los que solemos admirar en las vírgenes rafaescas.

Mi admiración extática duró mucho tiempo. En vano una voz interna me advertía el peligro, recordándome que Satanás se vale de mil medios para conseguir sus fines; en vano el instinto de conservación me aconsejaba retroceder para sustraerme á los riesgos de probables y pavorosas borrascas; en vano el vulgar buen sentido se desgañitaba gritando que semejante mujer era para mí el sueño de un sueño, la sombra de una sombra, el ideal de realización imposible. Contra estas voces interiores alzabase potentísima la de mi pasión naciente, ordenándome con imperio permanecer allí, y apurar hasta la última gota el dulce tósigo que se apoderaba de mi corazón y de mis sentidos.

Hubo un momento en que, obedeciendo á las saludables amonestaciones íntimas, pretendí hacer uso de mi ya mermada libertad, abandonando el borde de la sima en la cual estaba irremisiblemente destinado á despeñarme; pero una fuerza oculta é invencible me obligó á permanecer en mi puesto inmóvil y mudo como una estatua.

Mis ojos no podían apartarse de los cabellos de aquella mujer cuya tristeza simpática y apacible — amén de su excepcional hermosura — ejerció en mí desde los primeros instantes misterioso é incontrastable influjo. Al amor, ya poco menos que invencible, mezclábase un tantico de curiosidad por conocer la historia de mi adorada, historia interesante sin duda, porque ó yo no entiendo nada de achaques psicológicos, ó ante mí hallábase la heroína de uno de tantos dramas horribles que tienen el cerebro por escenario, por actores la perversión y la frivolidad humanas y por severo é inapelable juez la incorruptible conciencia.

Pensando en las múltiples causas que, según los fisiólogos, pueden encanecer súbitamente á una persona, llegué á persuadirme de que un dolor sin límites había blanqueado la encantadora cabeza de mi desconocida, de igual modo que los volcanes abrasan toda vegetación en las cumbres que les sostienen. Esto me pareció tan verosímil, que admití sin vacilar la existencia de un seductor inicuo, y, nuevo caballero andante, me pasó por el magín la idea de vestir la cota, calar el yelmo, empuñar el mandoble y salir en busca del follón con el decidido propósito de hacerle morder el polvo si se negaba, no á reparar el honor de la cuitada, que supuse continuaría incólume, sino á satisfacer el agravio inferido á la confianza femenil con injusto é inmotivado abandono.

Á estos arranques de rancio qui jotismo se mezclaba — ¿por qué negarlo? — profundísima pena.

La posibilidad de un rival triunfante dió motivo á que los celos, ese fruto amargo del amor, despertaran con insólita furia y clavaran en mí sus garras agudas como puntas de puñales. Entonces hubiera dado las alegrías de la juventud, la gloria de los alcanzados éxitos, la mitad del lugar que quizá me correspondía en el Paraíso, por que, aun á trueque de no lograrla, nunca fuese aquella mujer una de tantas frívolas criaturas sin afecciones, sin corazón y sin alma, su melancolía fingimiento de maestra en el arte de cazar incautos y su cabellera digna de figurar como la de Berenice entre las constelaciones celestes, la resultante del cálculo de una coqueta y de las combinaciones de un químico.

Desgraciadamente para mí, dichosa ó infortunada, vestal ó bacante, ángel ó demonio, estaba cogido de tal modo en sus redes, que toda resistencia era imposible. Comprendiéndolo así, convencido de que de nada me serviría formular ruda protesta contra los inescrutables designios del hado, me dejé seducir por los acentos fascinadores que no cesaban de prometerme venturas sin cuento, y trastornado, delirante, loco, juré que ninguna otra mujer reemplazaría su recuerdo en mi memoria ni en mi corazón el amor que por ella sentía. ¡Cuán lejos estaba yo de suponer que aquel juramento, susceptible de ser quebrantado sin perjuicio por haber sido hecho sin el concurso de la voluntad consciente y libre, había de ser con tan escrupulosa exactitud cumplido!

Ya lucían en el cielo las estrellas y la luna mostraba el melancólico disco entre las nubes opalinas

de Oriente, y aún yo seguía en mi puesto, creyendo contemplar á la que sin pretenderlo, sin saberlo, tal vez sin sospecharlo, ha ejercido y ejerce poderoso influjo sobre mi vida miserable. Para que llegase á persuadirme de que aquella divinidad á quien yo creía presente — con tan imborrables caracteres se ha impreso en mi alma su imagen — no hacía gran caso de mi persona, fué necesario que uno de mis amigos y compañeros, cansado de decirme que me aguardaban á la mesa, me sacudiese del brazo con brusquedad poco amistosa.

— ¿Qué se ofrece? — pregunté sorprendido.

— Es hora de comer. Acaban de dar las siete.

— ¡Comer! Y ¿quién piensa en comer ahora!

Me miró mi amigo de un modo particular, y luego exclamó con un tono que me hizo estremecer:

— Si quieres vivir tranquilo, cuida de asomarte á ese balcón lo menos posible. La hija del general es muy peligrosa.

— ¿Está casada?

— ¡No! Y creo que no se casará nunca.

— ¡Ya! — dije alegrándome de su soltería. —

¡Una coquetuela!...

— No hay ninguna joven tan formal, ni más virtuosa.

Entonces no comprendo la imposibilidad que dabas á entender.

— ¿Has notado su tristeza? ¿No ha llamado tu atención su pelo blanco?

— Ciertamente que sí.

— Pues hace cuatro meses tenía unos cabellos que

competían en negrura con el azabache y un genio tan alegre que daba gozo. ¡ Ah ! ¡ Es una historia terrible !

— Que me vas á referir en seguida ; tengo mucho interés en conocerla.

— Prometo satisfacer tu curiosidad más tarde

— ¡ Ahora mismo... ¡ Te lo ruego por lo que más quieras en el mundo !

— ¡ Pero chico, eso es un escopetazo ! Has de saber — continuó vencido, al parecer, por mis suplicantes miradas, — que Celeste mantenía relaciones amorosas con un primo suyo, guapo mozo por cierto, capitán de uno de los escuadrones que guarnece la plaza. ¿ Que si se querían ? Nunca se ha visto pareja más enamorada. El militar, que, dicho sea entre parentesis, fué toda su vida un calaverón de primer orden, aficionado al juego y á las guapas chicas, daba muestras de aburrirse cuando no pasaba junto á su novia las horas francas de servicio. « El amor le ha domesticado. » — solía decir la gente al observar su cambio de conducta. Ella, por su parte, mostrábase inquieta y desasosegada durante las ausencias del que había elegido para esposo entre los diez ó doce aspirantes á su mano. Se les veía siempre juntitos en paseo, en el teatro, en las reuniones. ¡ Y cosa extraña ! Las jóvenes en estado de merecer, tan propensas á clavar en el honor ajeno el venenoso aguijón de la sátira, no envidiaban la fortuna de Celeste ni les parecía incorrecto que su gallardo primo la siguiera y persiguiera cual si fuese su sombra. — ¡ Como esto — pensaban — ha de acabar en la vicaría !

Los encargados de los preparativos de la boda no se daban, en efecto, ni un minuto de reposo. Los padres de los novios pusieron al corriente los papeles y utilizaron su influencia para vencer el cúmulo de obstáculos que suelen oponerse al enlace de personas ligadas por vínculos de parentesco. Los amigos de los futuros cónyuges colmaron á éstos de presentes valiosísimos. ¡ Oh ! ¡ Bien puede casarse cualquiera cuando los de su intimidación llevan la solicitud hasta el extremo de ponerle casa, evitándole así los gastos dispendiosos que la vida matrimonial ocasiona en sus comienzos !

Conseguida la dispensa eclesiástica, se fijó la boda para las ocho de la mañana del 3 de mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz.

Quando la generala, seguida de sus doncellas, entró dos horas antes en las habitaciones de Celeste, ya ésta esperaba con impaciencia el instante de la prometida y deseada ventura. ¡ Qué primores artísticos hicieron al peinarla para dar mayor realce á su hermosísima cabeza, y con qué nimia proligidad la pusieron el blanco vestido de seda brochada, el amplísimo velo y el azahar simbólico !

— ¡ Estate quieta, loca ! — decía la generala siempre que su hija las hacía interrumpir la tarea para mirarse al espejo.

— ¡ Ah muy bien ! — exclamaba Celeste después de haber contemplado por reflexión su arrogante figura. — ¡ Si supierais cuánto me gusto !

Al terminar los últimos detalles del tocado, daban las ocho en todos los relojes.

— ¡ Las ocho y aún no han venido ! — dijo Celeste. — ¡ Oh ! ¡ Es muy extraño !

También empezaban á impacientarse los invitados á la ceremonia, sin excluir al sacerdote que revestido de los ornamentos sagrados deseaba dar la bendición á los chicos, decir cuanto antes su misa y tomar el chocolate con lo demás que se ofreciera.

— ¡ Gracias á Dios ! — gritaron todos al observar que se detenía un carruaje á la puerta de Palacio.

Cinco minutos después el general y el padre del novio entraban pálidos como la cera en las habitaciones de Celeste.

— ¿ Y Carlos ? — preguntó la novia.

— Carlos... — contestó el general mirando á su mujer de un modo significativo. — Carlos...

— ¡ Acaba ! dijo la generala. — ¿ Enfermo ?

— Más valiera que su hubiese muerto de repente. ¡ Ha huído como un cobarde !

He aquí — añadió mostrando un papel — la odiosa revelación de su villanía. En esta carta confiesa que ama mucho á su prima y que al renunciar á ella se impone un inmenso sacrificio ; pero que habiendo reflexionado maduramente, ha comprendido que su manera de ser y sus hábitos de libertad no se avienen con el matrimonio. « Huyó — dice — porque no quiero que Celeste sea desgraciada uniéndose á un hombre que tarde ó temprano habría de hacerse aborrecible á sus ojos. Mi falta consiste principalmente en no haber tenido antes de ahora firmeza de voluntad bastante para renunciar á un bien de que soy indigno. Ruego á Celeste, de quien me separo

con honda pena, que me perdone y que me olvide. »

— ¡ Perdón ! ¡ olvido ! — murmuró Celeste — por cuyas mejillas rodaron ardientes lágrimas.

Y como si las precedentes palabras hubieran agotado sus energías, cayó privada de conocimiento.

El médico, á quien llamaron inmediatamente, puso al ver á Celeste una cara de mil diablos.

— ¡ Grave, muy grave ! — dijo. — Procuraremos combatir el mal apelando á todos los recursos de la ciencia. Si conseguimos rechazar sus primeras arremetidas, se pronunciará en retirada y tendremos mujer. Pero aun en el supuesto de un triunfo difícil — añadió — la crisis es de tal índole que dejará huellas profundas.

El resultado confirmó los pronósticos del Galeno. Á los pocos instantes era Celeste presa de un espantoso delirio. ¿ Que si duró mucho ? Fué de corta duración, pero de una intensidad nunca vista. El médico no se separó de la enferma en todo aquel día de recordación memorable, y gracias á sus desvelos la pobre niña salió vencedora en su lucha con la muerte.

Cuando el doctor declaró por fin que la paciente se hallaba fuera de peligro, la natural alegría de las personas que la rodeaban vióse turbada por la manifestación de un sorprendente fenómeno. Los cabellos de Celeste habían encanecido en el trascurso de doce horas.

* * *

— Gran corazón el suyo — exclamé. — Pocamuchachas habrá que sean capaces de tomar las cosas tan en serio.

— ¿Verdad que merece ser amada con amor inextinguible?

— Creo que sí. Pero coincido con tu amigo de la Coruña en aconsejarte que te asomes lo menos posible á los balcones del hotel.

— ¿Temes que pierda el juicio si vuelvo á verla?

— Como Celeste amará mientras viva la memoria de su primo, temo que los desengaños conviertan tu monomanía en peligrosa enajenación y haya necesidad de llevarte á un manicomio

— En el cual me dejaría encerrar de buena gana si mi locura consistiera en suponerme correspondido por la que adoro. ¿Cuándo has imaginado tú felicidad parecida? En mi opinión sólo podría compararse en ella la de los orates que creen ser duques, papas ó emperadores.

IDILIO Y TRAGEDIA

POR

SALVADOR RUEDA